

SEMANA SANTA EN CUENCA: RITO, PARTICIPACION, PAISAJE

Ya desde días, semanas incluso antes, Cuenca cambia breve y lentamente el color de su espíritu para celebrar sus días más grandes, más queridos, más profundamente enraizados en la esencia de su ser. Y no es un cambio hacia lo triste o lo oscuro: Cuenca se prepara para el dolor de Cristo, para su anual conmemoración, con una extraña mezcla de ilusión renovada y alegría: la Semana Santa cuencana es distinta, por ello, a cualquier otra castellana —generalmente rígida y seria—, la participación popular es total y absoluta y a todos los niveles de edad, sexo y condición, y hasta cierto punto, sobre todo en su famosa y tumultuaria procesión de las turbas, pagana y clamorosa.

Nuestra Semana Santa, por ello, y estas líneas no dejarán de ser una visión particular, cosa que advierto para aquéllos que no estén de acuerdo con lo que venga ahora, es nuestra Semana Santa digo una fiesta popular, algo compartido y compartible, muy lejos de la mera representación religiosa o la reconcentrada reflexión tenebrista. En ella se notan, se han notado siempre, dos posturas diferenciadas: la de los puristas, que quieren que esta semana sea sólo lo reseñado anteriormente, y otra corriente, cada vez más nutrida, y también compuesta por gente más joven, que sin dejar de lado totalmente esa concepción purista, y deseando preservar lo que ella pueda tener de religioso, quieren también que sea fiesta. Una fiesta que no se debe confundir con una juerga o una algarada, sino tomar ese concepto es su acepción más honrada y también más generosa: fiesta de compartir, de aunar sentimientos, de disfrutar con la contemplación estética de los pasos lentamente caminando por nuestras viejas calles entre dos luces, sorbiendo con los oídos el tenue silencio que sólo rompe el terco resonar de las horquillas contra los cantos del empedrado de la parte alta y el resuello de los banceros que se doblan ante el peso formidable de figuras, andas y banzos combinados. Una fiesta para los ojos, los oídos, el corazón, una fiesta participativa desde una doble o triple o cuádruple

condición: como protagonista, portando un banzo, un cetro, una tulipa o un pendón, como espectador, atisbando cada momento de cada procesión desde varios ángulos y perspectivas, pues desde cada lugar se ve distinto lo mismo, como espontáneo cantor agrietando la voz al unísono con otras en un duro «miserere», como tambor o clarín en las turbas, dejándose la piel de las manos en la piel del tambor, o la piel de los labios en la pita del clarín. Ese fundamental hecho participativo da al tiempo a nuestra Semana Santa su fundamento y su carácter distintivo: es de todos.

Por lo demás, siendo objetivo, nuestras procesiones no se diferencian mucho de otras similares en Castilla. Es más pobre que muchas, pues muchos de nuestros pasos fueron destruidos durante la guerra civil. Pero, insisto, su carácter plenamente participativo y también, y esto no podemos dejar de reseñarlo, la fantástica conjunción, perfecta y depurada por los años, entre la misma procesión y el escenario en el que se desarrolla. Los pasos ascienden y descienden por cuevas inverosímiles, doblan esquinas imposibles y recorren distancias que nadie que no haya estado debajo de un paso sabe cómo cuesta recorrer.

PASOS Y HERMANDADES

Y tras este breve resumen de lo que a mi juicio es el espíritu de nuestra Semana Santa grande pasaré a explicar cómo se desarrolla, en pasos y procesiones, nuestra Semana Santa.

La primera de ellas se desarrolla el Domingo de Ramos, y se le llama procesión del «Hosanna». Sale a las once de la mañana y en ella desfila sólo un paso, Jesús entrando en Jerusalén, popularmente conocido como «La borriquilla». Carece de hermandad propia, y sus banceros, o portadores del paso, van vestidos con túnica blanca, fajín y capuz rojizos. Es un poco un «aperitivo», y valga la expresión, para el resto de los desfiles procesionales. La segunda, en martes santo, se llama «del Perdón», y se inicia el cortejo a las ocho de la noche. En ella participan

los siguientes pasos: San Juan Bautista, con una magnífica talla obra del escultor Luis Marco Pérez, Santa María Magdalena, Esclavitud de Nuestro Padre Jesús Nazareno, vulgo de «Medinaceli», y María Santísima de la Esperanza. Como vemos, y esto será casi estrictamente llevado a lo largo de toda la semana, el orden de procesiones y pasos, sigue escrupulosamente la cronología de la Pasión del Señor. Entremos en el miércoles. A ésta se le llama «del Silencio», y en ella desfilan los pasos de Jesús orando en el Huerto, o «de San Esteban», que fue el primer paso que, en 1928, incorporó luz eléctrica a una procesión, el Prendimiento de



Jesús, vulgo «El Judas», San Pedro Apóstol, constituida en 1943 por excombatientes de la guerra civil, Jesús ante Anás, vulgo «Ecce-Homo de San Miguel», y Santísima Virgen de la Amargura con San Juan Evangelista, o «de San Juan y la Virgen». Este año se incorpora a esta procesión un paso más, La Santa Cena, el más pesado de toda nuestra Semana Santa, y que deberá ser portado por 78 banceros.

La procesión del jueves se llama «de Paz y Caridad», y se inicia a las cuatro de la tarde. En ella desfilan estos pasos: Jesús Orando en el Huerto de los Olivos, o simplemente «el Huerto», la Flagelación de Nuestro Padre Jesús, o «Jesús amarrado», Nuestro Padre Jesús con la Caña, Santísimo Ecce-Homo, o «de San Andrés», Jesús Caído y la Verónica, Nuestro Padre Jesús Nazareno, o «del Puente», Santísimo Cristo de Paz y Caridad, o «de las Misericordias» y Nuestra Señora de la Soledad, o «del Puente». La procesión primera del viernes sale a las cinco de la mañana, y delante de ella, las turbas, cuyo significado comentaremos al final de nuestra crónica. En ella salen: Nuestro Padre Jesús Nazareno, el San Juan Evangelista, li-